

Con novedad en el frente



Dr. Osvaldo Puccio

Al anochecer del viernes 23 de junio, el día 486 de una guerra que se alarga, aunque fue concebida como una ocupación rápida, efectiva y veloz de un país soberano que el agresor consideraba y considera parte históricamente de sí mismo la situación dio un giro tan inesperado cómo sorprendente que de una u otra manera instala un cuadro de consecuencias aún difíciles de prever que claramente es señal de una situación estratégica diferente a la habida hasta este día. Una que sin duda es de mayor calado y envergadura de lo que el aluvión de noticias, análisis o interpretaciones permiten dilucidar.

Es de esos momentos, esos puntos de inflexión en los acontecimientos en que el talante, el carácter, las motivaciones a veces oscuras y turbias, las pasiones y las visiones correctas o torcidas de los individuos que los protagonizan devienen en factores y condicionantes más decisorias de aquellas que han dado en llamarse con un grado alto de abstracción “las leyes generales de la historia”.

Yevgueni Prigozhin un controvertido personaje que cómo muchos otros miembros de la oligarquía post soviética que ascendieron en la escala social y en la estructura del poder en Rusia -fenómeno que se repite en muchos de los países que antes de 1990 fueron parte de la URSS- en base a apropiaciones turbias de la antigua propiedad estatal, redes de complicidad y manejo de recursos de las más distintas naturalezas y vínculos estrechos y de doble vía en sus beneficios con el aparato de poder dio un paso frente al poder central que ninguno de su especie había dado hasta ahora y desencadenó el nuevo cuadro que aparece en los factores y actores de la ya larga guerra entre Rusia y Ucrania cuya salida tanto en sus formas cómo en sus tiempos es hoy difícil de prever y definir. Prigozhin logró no sólo enriquecerse, cómo la mayor parte de sus pares en la explotación de recursos naturales o financieros que fueron públicos, sino fue más allá conformando un ejército en toda la línea que tenía presencia singular y actuaba como tal de manera subsidiaria al propio aparato del estado. Con la plena confianza y anuencia de Vladimir Putin, devino en el dueño y comandante supremo de una fuerza mercenaria que actuó como “brazo armado” de Rusia en distintos conflictos internacionales, principalmente en África, pero también en otras regiones incluido nuestro continente, de manera abierta y libre por tanto de cumplir con la legislación internacional y sin comprometer a Moscú. No está demás decir que en Rusia se habla de unos treinta “emprendimientos” de esta naturaleza,

ninguno de la magnitud de “Wagner” el nombre tan paradójicamente germánico con el que el mercenario ruso decidió bautizar su fuerza armada.

El mercenariato es un fenómeno probablemente más antiguo que la existencia de ejércitos regulares, sometidos a la subordinación exclusiva del Estado Nacional que financia la soldada de sus miembros. Fue recién Prusia en los inicios del siglo XVIII quien comenzó con la excluyente estatalidad como forma de existencia exclusiva y excluyente de los ejércitos. Hoy por hoy es una excepcionalidad, pero extendida y existente no sólo en Rusia, basta mencionar la empresa mercenaria “Blackwater”, hoy denominada con el culto eufemismo “Academi” de los EEUU para imaginar la global existencia del fenómeno,

En aquel 23 de junio a pocos días, lo que no es un dato menor para explicar el alzamiento, se cumplía el plazo impuesto por gobierno central ruso a través del ministro de defensa Sergei Shoigu para la adscripción de todas las fuerzas militares independientes (grupos mercenarios) al mando central de las FFAA regulares del Estado antes del 1 de Julio.

Serguei Shoigu, ministro de defensa ruso, un general que no procede exactamente de la carrera militar y es oriundo de la República de Tuva, -una de las repúblicas federadas de Rusia en el extremo oriental de Siberia limítrofe de Mongolia con la que comparte etnia- siendo parte del círculo en torno a Putin tenía una disputa abierta y a veces estentórea con Prigozhin logró imponer el decreto de incorporación de las fuerzas mercenarias al mando central de las Fuerzas Armadas.

La mayor parte de los especialistas coinciden que este hecho, el plazo del cambio de condición y dependencia de las fuerzas armadas privadas, más que las acusaciones de Prigozhin a su rival ministerial de no proveerlo de suficientes armas y municiones fue la causa detonante de su alzamiento y marcha sobre Moscú, ciudad capital a la que avanzó sin mayor resistencia con incluso manifestaciones populares de simpatía y la pasividad de las fuerzas del Estado al tomar control de Rostow del Don, ciudad industrial de casi dos millones de habitantes a unos doscientos kilómetros de la capital. En su paso desde la frontera con Ucrania dónde estaba estacionado derribó helicópteros y eliminó un número indeterminado de soldados rusos.

A partir de ese momento el episodio sólo puede ser definido como de total confusión, las fuentes discrepan no sólo en la descripción de los hechos, sino de su interpretación. Lo que parecía un intento de Golpe de Estado no lo fue ya sea porque nunca Prigozhin tuvo esa intención y sólo buscaba proteger su “negocio” de una nacionalización de hecho o porque no obtuvo el apoyo que esperaba de mandos militares o una suma de esos y algunos otros. La reacción de Vladimir Putin ha estado llena de contradicciones, equívocos y momentos turbidos y confusos, declaraciones que van desde “puñalada por la espalda” hasta gestos de perdón al insurrecto incluidas noticias recientes de un encuentro entre el propio Putin y Prizhugin en Moscú

a los pocos días del alzamiento. La confusión, dónde es difícil distinguir la calidad y la certidumbre de las informaciones, incluyó la intervención de Alexandr Lunaschenko presidente de Bielorrusia, un estado semi vasallo de Moscú, pero que se preocupó de ostentar que había sido el “factótum” de la solución de la crisis con lo que entre otras cosas ponía en entredicho el carácter sólo interno que el gobierno ruso alegaba ante el acontecimiento. Probablemente Putin habrá recordado en más de un momento aquel viejo proverbio que dice que en la vida sólo los que pueden perder son víctimas de la traición.

Es tarea de periodistas de investigación e historiadores desentrañar las razones y el decurso de los hechos. Sabemos también que los tiempos de guerra no son tiempos favorables para develar verdades.

Con todo es difícil no concluir que este hecho cambia de un modo muy sustantivo el estado de cosas entre las fuerzas contendientes y sitúa a las fuerzas en juego no sólo en el escenario directo de la guerra en más de una posición en una perspectiva diferente, ello abre algunas preguntas que es posible plantear ya, aunque su respuesta es de compleja formulación porque, sobre todo es difícil desentrañar en el plazo mediano cómo quedó efectivamente la correlación de fuerzas internas en el gobierno moscovita.

La primera pregunta entonces tras este episodio es la posición y fortaleza o debilidad que mantiene Putin a la cabeza de Rusia, los quiebres de confianza en una elite tan cerrada cómo endogámica. Una prueba de fuego en este punto será la configuración y decurso de las elecciones presidenciales en Rusia en marzo de 2024 que, aunque es poco probable haya sorpresas inesperadas, será un barómetro de la fortaleza del propio Putin.

La segunda se refiere a la reacción de la población del país que más allá de las expresiones de simpatía en el trayecto de Wagner hacia Moscú se ha caracterizado por una actitud que parece ir desde la indiferencia a la abulia. El filósofo ruso Alexander Zipko, miembro del consejo asesor de Gorbachov, habla en este contexto de la vieja tradición autoritaria de su país, en la que Putin ha sabido instalarse y valerse de ella. Compara, en todo caso, la pasiva y huidiza respuesta de la población en esta crisis con las manifestaciones masivas contra el intento de golpe de estado en contra de Gorbachov.

La tercera es cuánto y cómo va a cambiar de cara a Moscú la conducta, la actitud y la posición de los distintos actores internacionales en lisa. Por ahora todo indica un aumento de la presión de Occidente hacia Rusia incluida la disposición formal, expresada oficialmente, de incorporar a Ucrania a la OTAN “cuando las condiciones lo permitan”. No deja de ser también a tener en cuenta en este contexto el silencio de China y otros países que han mantenido posiciones de “neutralidad” de cara a lo sucedido con la marcha de Wagner sobre Moscú.

Hace ya años el declinio y la permanencia de los Estados Nacionales es un tema investigado y debatido por las ciencias sociales, el fin de la forma de estatalidad abierta en 1648 con el Tratado de Westfalia, el inicio del proceso de Globalización abierto a partir de 1990 y el fin de la guerra fría resultado de la implosión de uno de los contendientes y la profundización y aceleración del proceso de construcción supraestatal de la Unión Europea así como el avance y extensión de los procesos de democratización en distintas regiones del orbe eran señales prácticas de ese proceso, también el surgimiento y fortalecimiento de polos hegemónicos que no existían con ese carácter hasta el fin del mundo bipolar. Se abrió un proceso que en trabajos anteriores hemos llamado “interregno hegemónico”. Rusia y en cierto modo los EEUU de Trump se volcaron al fortalecimiento introspectivo de su propia estatalidad nacional, mientras los otros actores emergentes, China y la Unión Europea, con formas y contenidos distintos, iniciaron un proceso de apertura y vinculación internacional aprovechando de manera querida y exitosa, sin mayores contradicciones internas hasta la crisis económica de 2008 y especialmente tras el surgimiento de la pandemia a diez años de iniciada esta.

La “movida de pieza” en el marco de esta dinámica del “interregno” por parte de Rusia cambió cualitativamente el escenario y develó que en la propia Rusia que había hecho del fortalecimiento de su estatalidad un elemento central de su discurso toleraba cuando no derechamente fomentaba el surgimiento de órganos armados paralelos e independientes del estado central. Al mismo tiempo es un dato que la seguridad de Rusia ha tenido un sensible debilitamiento muy ligada a una situación, cómo lo demuestra la reacción de la población, mucho más incierta para los gobernantes. Hoy Rusia, según el Consejo Alemán de Relaciones Internacionales (DGAP) y el Instituto Internacional de Investigación para la Paz de Estocolmo (Sipri) ha elevado el gasto total en defensa a cerca del 5% del PIB, frente al 3,6% de 2021, durante la segunda guerra llegó al 60...

El cambio del estado de las cosas tras la invasión rusa a Ucrania por lo pronto permitió a Estados Unidos, ya sin Trump, reafirmar una posición hegemónica en Europa que había tenido un evidente debilitamiento, aunque no es aventurado afirmar que se trata de un proceso con no pocas falencias, precariedades e incertidumbres. Aquí es ineludible mencionar la incertidumbre de los resultados de las elecciones de noviembre de 2024 dónde republicanos y demócratas divergen de manera muy marcada con relación al rol e involucramiento de los EEUU en la guerra en Europa.

Por otro lado el refortalecimiento y renovado protagonismo de la OTAN a partir del conflicto en los hechos posterga “sine die” las aspiraciones europeas de desarrollar y fortalecer un sistema de defensa propio y con sustantiva autonomía de los EEUU quien ha vuelto a ser factor central en este aspecto de la vida europea.

Crecientemente la OTAN se traslapa con la propia Unión Europea incluida ahora Suecia a la cual Turquía levantó el veto obteniendo, de acuerdo con las informaciones

más recientes, el reinicio de las negociaciones que deberían culminar con su propio ingreso a la Unión.

China, que formalmente no ha condenado la invasión rusa a Ucrania, como tampoco lo han hecho países de marcada centralidad y protagonismo en el concierto mundial ha tenido, sin embargo, una conducta mucho más compleja y a veces contradictoria de lo que las apariencias y las tensiones con los EEUU indican.

En el Consejo de Seguridad no ha condenado la invasión rusa, pero sistemáticamente sólo se ha abstenido responsabilizando a los EEUU y a la OTAN de generar condiciones para el surgimiento de la situación actual no considerando debidamente la visión rusa de su propia seguridad, al mismo tiempo ha señalado su disposición a respetar las sanciones occidentales a Rusia incluidas restricciones de bancos comerciales chinos para el financiamiento del comercio exterior y la prohibición de exportar a Rusia partes y piezas de y para la industria aeronáutica.

El sinólogo alemán Thomas Heberer en un artículo reciente señala un interesante debate entre académicos chinos en torno a la importancia global de Rusia y las ventajas y sobre todo la naturaleza de la relación con ella. Es claro que la postura de las elites chinas frente a Rusia no es unívoca y que los últimos acontecimientos sólo fortalecen a aquellos que afirman el debilitamiento progresivo del vecino y el peligro de inestabilidad en los cuatro mil kilómetros de frontera común además de pagar costos reputacionales a nivel en la medida que Rusia se convierta en un “estado paria”.

Ello no obstante la posición de Xi de mantener lo que se conoce como una “neutralidad rusófila” y promover un espacio de negociaciones y acuerdo entre Rusia y Ucrania con conciencia que actualmente no hay piso alguno para que tal iniciativa tenga frutos en el corto, incluso mediano plazo. En esta perspectiva China debe mantener sus vínculos y canales abiertos con Rusia tanto cómo una baza de cara a su confrontación con Washington cuánto puente para eventuales acercamientos en Europa que por su parte procura pública y privadamente mantener los canales más expeditos posibles con Pekín. En rigor la relación de China con Rusia no va más allá de una coincidencia de intereses que China ve como un dique de contención a las aspiraciones de hegemonía global americana. En esa relación China es el “hermano mayor” y Rusia el “junior”. La economía rusa es un décimo de la China y no supera siquiera la de la provincia de Guangdong o Cantón en la transcripción antigua. Claramente los intereses chinos para su economía y su desarrollo se encuentran mucho más cerca de la interacción con Occidente que con Rusia. A pesar de ello las tensiones entre las dos potencias principales en el plano de la competencia y el intercambio de tecnologías, cómo los microchips, aumentan y a ello se suman “bravuconadas” militares por lado y lado.

En la Unión Europea y en los países que la componen la crisis interna rusa de una u otra manera revitalizó entusiasmos de apoyo a Ucrania que comenzaban a tener síntomas evidentes de cansancio y agotamiento incluso en el apoyo-algo a regañadientes- de la compleja y literalmente de muchos filos decisión de los EEUU de proveer bombas de racimo, prohibidas en casi todos los países de la Unión y también armas de mayor sofisticación tecnológica.

Lamentablemente, lo que pareciera estar más claro de todo este episodio es que ni contribuyó a hacer menos complejo el escenario de la guerra ni abrió perspectivas de un marco de acuerdo, negociación o cierre por el triunfo de uno de los contendientes en un plazo cercano a lo razonable.

Julio de 2023

